



Capítulo 562: Yo soy el premio

Vergil entregó las llaves del Lamborghini dorado al conductor del hotel con un simple gesto. El joven tragó saliva con fuerza al acercarse al coche, como si le hubieran encomendado la tarea de custodiar un tesoro maldito.

"No lo rasques", dijo Virgilio con media sonrisa, con la mirada fría y perezosa.

"¡Sí, señor!" El joven respondió, casi tropezando con su propia lengua mientras arrancaba el motor.

El vestíbulo del hotel era un espectáculo en sí mismo. Los candelabros de cristal colgaban como cascadas heladas y el mármol blanco reflejaba la luz dorada de las pantallas de las lámparas ubicadas estratégicamente. Todos en la sala se detuvieron por un momento para ver al trío atravesar las puertas principales.

Vergil.

A su derecha, Alexa, luciendo un ajustado vestido negro que acentuaba cada curva salvaje de su cuerpo. Su mirada de lobo se encendió con picardía y cada paso parecía una promesa de caos.

A la izquierda, Kaguya, la emperatriz lunar. Su vestido plateado abrazaba su cuerpo como seda líquida, reflejando las luces del vestíbulo. Su porte era digno de una reina y sus ojos carmesí contemplaban la habitación como si se elevaran por encima de todo.

No había forma de ignorarlos. No eran sólo presencias hermosas; eran entidades.



Vergil no esperó en la recepción. Ya había hecho las reservas y el sistema hotelero parecía casi temeroso de su llegada. Un empleado apresurado simplemente hizo una reverencia y entregó la tarjeta de acceso.

El trío se dirigió a los ascensores privados, con los tacones de Kaguya y Alexa resonando como tambores de guerra sobre el mármol pulido.

Tan pronto como las puertas se cerraron, aislandolos del mundo exterior, la atmósfera cambió.

El elegante silencio del ascensor se rompió con un gesto audaz. Alexa se inclinó hacia el lado derecho de Vergil, sus labios llenos rozaban su cuello, dejando un ardiente rastro de deseo.

"Hueles a pecado..." susurró ella, mordisqueando ligeramente su piel.

Al mismo tiempo, Kaguya, sin perder tiempo, se acercó desde el otro lado. Sus labios se separaron en una sonrisa serena antes de morder suavemente su lóbulo de la oreja.

"Y la tentación es mía, no de ella." Su voz era como cristal agrietado, dulce y aguda al mismo tiempo.

Vergil cerró los ojos por un momento, sintiendo el contraste. La cálida lengua de Alexa contra su cuello. Los delicados dientes de Kaguya contra el lóbulo de su oreja. Las dos fuerzas opuestas, salvajes y majestuosas, compiten por el mismo premio: él.

Dejó escapar una risa baja y profunda que vibró en el aire del ascensor.



"Ustedes dos parecen bastante... emocionados," dijo, con voz lenta, cargada de ironía.

Alexa presionó sus labios aún más contra su piel, gruñendo suavemente.

"¿Quién dijo que te voy a compartir, Vergil?" "No sabes jugar", susurró, deslizando su mano por su pecho, sintiendo la tela de su chaqueta y la firmeza debajo.

Kaguya no se inmutó. En cambio, sus dedos fríos se deslizaron hacia la nuca, sosteniéndolo con la autoridad de una emperatriz.

"No te engañes, pequeña perra. Él no es tuyo para compartir. Él ya es mío."

La mirada de Alexa se levantó y las llamas salvajes ardían en sus ojos dorados.

"¿No sabe usted jugar, Alteza?" Ella respondió sonriendo malvadamente. "Porque jugaré con él hasta que aúlle mi nombre."

Kaguya se rió. Un sonido bajo y elegante, pero afilado como una cuchilla.

"Y haré que olvide hasta tu cara."

Vergil abrió los ojos y levantó la barbilla, mirando el panel iluminado del ascensor, como si no estuviera siendo peleado por dos depredadores. Su sonrisa creció, perezosa, casi cruel.



"Hm." "Eso es lo que me encanta de ustedes dos. Convirtiendo siempre cualquier lugar en un campo de batalla."

Inclinó la cabeza primero hacia Alexa, luego hacia Kaguya, con su mirada azul parpadeando entre ellos.

"Pero no lo olvides..." Su voz bajó, casi un gruñido seductor. "Soy yo quien tiene las riendas aquí."

Las palabras cayeron como un látigo.

Alexa jadeó levemente, mordiéndose el labio inferior y su cuerpo vibró de emoción ante su tono autoritario. Kaguya, por otro lado, sólo sonrió más ampliamente, sus ojos carmesí brillaban con aceptación silenciosa— y provocación.

El ascensor continuó hacia arriba y el aire se hizo más pesado cada segundo.

Un discreto "ding" anunció su llegada. Las puertas se abrieron, dejando al descubierto el lujoso pasillo del piso presidencial. Alfombra roja, paredes doradas e inmensas puertas que parecían guardar secretos.

Vergil salió primero, las dos mujeres todavía abrazadas en sus brazos. El empleado del hotel ya estaba esperando en la puerta de la suite, inclinándose apresuradamente mientras entregaba la llave.

"Que tengan una estadía maravillosa, señores... señoras..." el joven tartamudeó antes de desaparecer, casi corriendo.

Virgilio simplemente abrió la puerta, empujándola con el pie.



La habitación no era una habitación. Era un imperio. Candelabros, enormes ventanales que mostraban toda la vista de Las Vegas, sofás de cuero, una chimenea digital y una cama tan grande que parecía hecha para dioses.

Vergil entró como si fuera el dueño del lugar. Alexa y Kaguya los siguieron, con los talones haciendo clic en el suelo de madera.

Se volvió hacia ellos, con la sonrisa perezosa todavía presente, pero sus ojos azules brillaban con la promesa de algo más.

"Entonces..." murmuró, quitándose la chaqueta y arrojándola al sillón más cercano. "¿Dónde estábamos de nuevo?"

Vergil apenas había terminado la frase, todavía ajustándose el cuello de la camisa, cuando Alexa se liberó.

Con un gruñido bajo y salvaje, lo tiró por la nuca y atacó su boca.

Su beso fue feroz, hambriento, una invasión que ardía como fuego. Su lengua era exigente, sus labios presionaban contra los de él como para devorarlo entero. Alexa se adaptó a su cuerpo, presionándolo contra su firme pecho, dejando escapar un gemido ronco que sonaba como música prohibida.

Virgilio sonrió contra sus labios. No era un hombre que se dejara dominar, pero el ardor del lobo lo divertía.

Fue entonces cuando Kaguya, con el aire helado de una reina indignada, avanzó.

"Insolente..." murmuró, con la voz baja pero letal.



Con un gesto firme, empujó a Alexa a un lado, arrancando los labios del lobo de los de Virgilio. Su mirada carmesí brilló con desafío mientras se inclinaba y ocupaba su lugar.

Y el beso de Kaguya fue todo lo contrario. No fuego, sino luna. Un beso frío, profundo y elegante que pareció hundirse en su alma. Su boca se movía con una precisión casi cruel, saboreando cada segundo, como si el tiempo fuera suyo—y el de él también.

Virgilio arqueó una ceja, dejándose vencer por el contraste. El sabor de Alexa todavía ardía en su boca, ahora cubierto por la dulzura helada de Kaguya.

Pero Alexa no aceptaría la derrota.

"¡Perra arrogante!" Ella gruñó, avanzando de nuevo.

Sin dudarlo, ahuecó el rostro de Vergil y capturó sus labios nuevamente, compitiendo por espacio con Kaguya. Sus lenguas se encontraron, rozándose entre sí en medio del beso a tres bandas, como dos depredadores que luchan por el mismo territorio.

Kaguya no dio marcha atrás. Alexa no se rindió.

Virgilio, en el ojo de la tormenta, simplemente cerró los ojos y se rió suavemente entre besos, sintiendo cada gota de lujuria, rivalidad y deseo palpitando en ambos.

Fue un espectáculo.



JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

Una guerra librada con labios, dientes y respiraciones jadeantes.

Y él era el premio.

